CAPÍTULO III

De como á los pollos se les va conociendo por la pluma y por el canto.

PEDRITO se enteró estoicamente de que casi ya no tenía papá, y, seamos francos, no lo sintió mucho: se quedó pensativo; pero no porque sintió algo en el corazón sino en las alas.

Iba á alear, ya podía alear.

Buscó varias veces seguidas en su casa á un personaje, personaje fresco, acabado de hacer, pero en boga.

El personaje estaba visible pocas veces, y no se veía otra cosa por todas partes.

Al fin Pedrito logró verle al tercer día de solicitudes.

El personaje, aunque acabado de hacer, tenía bata, aunque acabada de hacer, y gorra griega y pantuflas.

Así recibió á Pedrito.

—Buenos días, mi general, dijo éste.

El personaje era coronel, de manera que la primera sonrisa de benevolencia fué toda para Pedrito, que á su vez sonrió de esperanza.

—¿Qué vientos le traen á usted por acá, muchachito?

—Vea usted, mi general; vengo á confiar á usted un secreto.

—Bien.

—Pero me ofrece usted.....

—¡Vamos, muchachito! ¿de qué se trata?

—Yo sé que es usted uno de los..... de los, ¿cómo diré? de los liberales de buena fe.

—¡Oh, sí! ¿y eso quién lo duda?

—Pues bien, el secreto es que mi padre..... ¡se ha lanzado á la revolución!....

—¡Hombre! exclamó el coronel.

—Y yo tengo necesidad de ver lo que hago.

—Eso es; en todo caso es necesario ver uno lo que hace.

—Y he pensado.....

—¿Qué ha pensado usted?

—Pedir una colocación.

—¿Al gobierno?

—En cualquier parte.

—Usted no tiene.....

—Sí, señor, á mi madre y á mi hermana.

—¡Ah!

—Y como supondrá usted están mal.

—Y su hermana de usted, ¿qué tal? Estará ya hecha una mujer.

—Ya la verá usted, se apresuró á decir Pedrito; y es preciso decirlo, le pareció en ese momento que su negocio iba bien.

—Pues cuente usted conmigo, muchachito.

—Van tres veces que me dice muchachito, pensó Pedrito.

—¿Cuándo quiere usted que lo vuelva á ver?

—Pronto; dé usted sus vueltas.

Pedrito se despidió del coronel con estudiada cordialidad y con muchas esperanzas.

Pedrito, como se ve, hacía lo mismo que su papá; como no sabía hacer nada buscaba destino.

Era una piedra del edificio social que esperaba su destino; buscaba un albañil que la *colocara*, y como no estaba labrada, debía ser colocada detrás de otras piedras.

Mientras Pedrito busca destino, el curioso lector tiene tiempo de ocuparse en conocer á Concha.

Concha tenía muchas cosas buenas: en primer lugar, diez y seis años; en segundo lugar, dos ojos muy negros y muy expresivos, de esos ojos que no están de balde en el mundo, ojos programa, ojos que levantan á su propietaria falsos testimonios.

Detengámonos un poco para que no se atribuyan á palabrería estos elogios, y hablemos seriamente de los ojos de Concha; porque cuando hemos releído la historia de esta joven, nos hemos persuadido de que sus ojos ejercieron una influencia directísima en su porvenir; casi ellos tuvieron la culpa de todo.

Los ojos de Concha no eran ni luceros, ni mucho menos azabaches. ¡Dios nos asista! eran simplemente ojos á los que más bien que todas las imágenes de los poetas, les venían los epítetos de *platicones*, de *pícaros*, etc.

Al menos así se lo dijeron á Concha muchas veces, lo cual animó más á Concha y á sus ojos á volverse insoportables.

Diremos en qué nos fundamos.

Sabido, y mucho, es aquello de que los ojos son el espejo del alma; en efecto, los ojos de Concha no desmentían tal aserto; pero había más, Con-

cha conoció, primero porque era mujer y luego porque se lo dijeron, que tenía una arma en sus ojos.

Concha, bajo este punto de vista, era armipotente.

Todas las mujeres han elevado sentidas y misteriosas preces al dios de lo bello, ante el ara del espejo, porque les conceda algo notablemente hermoso, y este dios propicio ha derramado, especialmente en México, sus preciados dones; de lo que resulta que á la que le tocó un pie bonito, por ejemplo, se tropieza con tantas oportunidades para enseñarlo, que no parece sino que á cada cinco pasos hay un caño y cada bocacalle es un vado difícil, todo con la debida circunspección y reserva, y en los límites prescritos. A la que le tocó cintura de silfide, se sofoca con otro abrigo que no sea de punto de Alençón ó de ojo de perdiz; y la propietaria de una mano que copiarían Praxíteles y Fidias, tie-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

34021

ne una cabeza tan perezosa que necesita sostenerla á toda costa con su manecita blanca y torneada; las propietarias de manos de esta clase, siempre tienen algo que hacerse en la cara, siempre una mosca imprudente les pica en la mejilla, siempre el cabello se descompone en la frente, siempre, en fin, suceden tantas casualidades hermanas, que la manecita está ocupada de continuo en ejercicios plásticos, con beneplácito del artista y de los osos.

Pero la hija de Eva, que, por supuesto, tiene su alma en su almario, á quien le toca por don un par de ojos como los de Concha, hace pasar la cuestión del terreno de la estética al de la filosofía, y se entra de lleno á un género distinto de reflexiones.

Concha no vió nunca impunemente.

A los trece años sus ojos representaban diez y seis, y era que la belleza y el artificio se combinaban, y aque-

llos ojos llegaron á lanzar saetas por miradas, y llegaron, en el ejercicio de la más inocente coquetería, hasta á subrayar lo que hablaba Concha.

La mujer posee un librito de letra menuda que suele pasar desapercibido del sexo feo.

Lo decimos porque la primera persona que le hizo comprender á Concha que tenía bonitos ojos, no fué un hombre, sino una mujer.

Era ésta una amiguita de infancia, pobre como Concha, pero fea.

—¿Sabes por qué te quiero tanto? la dijo un día.

—¿Por qué? preguntó Concha, casi adivinando de lo que se trataba.

—¡Porque tienes unos ojos muy lindos!

Y la amiguita fea se los besó ardientemente.

Otra vez la dijo, en tono de reconvención:

—No veas así, porque me enojo.

Finalmente, en las viviendas de la casa en que vivía Concha se cantaba *á pasto* una canción á *los ojos*, y simultáneamente convenían los vecinos en que esos ojos eran los de Concha.

Un joven sastre que pespunteaba todos los días ocho horas frente á Concha, llegó á coser mal, y mientras uno de los vecinos pespunteaba *los ojos* en la guitarra, el sastre hilvanaba los pespuntes.

Concha trasladaba todas estas observaciones al librito de la letra menuda, y todo ello iba robusteciendo y aclimatando, por decirlo así, en la mente de Concha una idea fija, inseparable de todas sus demás ideas: la de que tenía muy bellos ojos; y por esa serie de movimientos nerviosos, secundarios, y para los que casi no se necesita la voluntad deliberada, Concha había ido adquiriendo cada día una manera de ver más expresiva, más irresistible y que, no obstante, parecía natural.

Al espejo del alma le iba sucediendo una cosa rara: que cada día iba siendo mejor el espejo que el alma.

He aquí un grave mal: Concha era ya una mujer á quien en lo sucesivo se le iba á juzgar injustamente; se la iba á creer más ardiente, más apasionada, más espiritual de lo que era en realidad: sus ojos iban á preparar frentazos.

Estos empezaron por el sastre y por el de la guitarra.

El sastre, en un día grande en cuya víspera se había confeccionado á sí mismo un traje nuevo, se atrevió á hablarle á Concha de sus ojos, después de sus miradas, luego de sus efectos, cuya prueba eran los pespuntes, y por último le espetó un *yo te amo* como cuenta de sastre.

Concha blandió su arma favorita, miró al sastre, y á la mirada acompañó una risita y á la risita un dengue.

El sastre se desorientó y siguió ha-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

ciendo pespuntes, aunque con todas las veras de su corazón hubiera querido hacer versos.

Al de la guitarra le llegó su turno, y después de aturdir á toda la vecindad con *los ojos*, y de haber logrado dar á su voz de tenor *sfogatto* toda la elasticidad del berrido lírico, asestó sus tiros sin obtener mayor triunfo que el sastre; y ambos amantes, en su común desgracia, no saborearon más consuelo triste que suscribirse á las poesías de Antonio Plaza, poeta que ha tenido el talento de hacerse leer con entusiasmo, en esta época de positivismo y de cobre, por todos los enamorados, especialmente si éstos tienen de qué quejarse como el sastre y el de la guitarra.

CAPITULO IV

En que se ve que la civilización mejora la raza.

Todo lo que los ojos de Concha tenían de ricos, tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra las aspiraciones.

Concha cultivaba con ahinco heroico la amistad de unas señoritas ricas.

Ya hemos visto nosotros á señoritas ricas tener amistad con jovencitas pobres, como estas jovencitas sean hermosas; este no será un motivo suficiente, pero sucede y sucedía así con Concha.